

Zacarías 12:10-11

Zacarías 12:10-11

Hay ciertos acontecimientos históricos que consideramos centrales. Para los romanos, hasta todas las fechas partieron de la fundación de la ciudad de Roma. Por un tiempo los franceses contaron sus años partiendo de la derrota de Luis XVI. Pensamos en otras fechas centrales, 4 de julio de 1776, la independencia de Estados Unidos. 1910, la revolución mexicana. 476, la caída del imperio romano. Son las fechas que los niños de la escuela tienen que aprender de memoria por la gran influencia que los acontecimientos ocurridos en ellos han tenido sobre la humanidad.

Pero hay un día que sobresale sobre cada uno de esos hechos. Es el día verdaderamente central en la historia de toda la humanidad, un acontecimiento que aún afectan la vida de y el eterno destino de cada individuo, el día de la crucifixión del Señor Jesús Cristo. El efecto de esa muerte será tema de nuestra meditación esta noche, mientras oímos que "Mirarán al que traspasaron". Primero consideraremos ¿quién habla estas palabras? Luego ¿quiénes lo mirarán? Y tercero ¿cuáles serán los efectos?

Alguien profetiza aquí que será traspasado, es decir, sujetado a una muerte horrenda. Nuestra primera pregunta es: ¿quién habla esas palabras? La respuesta nos la da el primer versículo del capítulo, en donde el que habla todo el discurso de este capítulo se identifica como "Jehová, que extiende los cielos y fundó la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho". El que habla, diciendo que "mirarán a mí, a quien traspasaron" no es otro sino Jehová mismo, el eterno Dios Salvador, el Creador del cielo y de la tierra, el mismo que dio vida a los hombres. Nuestros versículos, entonces, profetizan que el verdadero Dios eterno sufrirá y morirá. Pero como el Padre nunca sufrió ni murió, sino Jesucristo, el Hijo de Dios, tenemos aquí una clara prueba de que Jesús, la segunda persona de la Santa Trinidad, es Jehová, verdadero Dios, Creador del cielo y de la tierra. Y también el Nuevo Testamento afirma lo mismo. San Juan nos informa de Jesucristo: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho".

La otra razón que nos convence que este versículo habla de Jesucristo es que Juan lo aplica directamente a él. Cuando Jesús

fue traspasado por la lanza de los soldados romanos, dice Juan: "Pero estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: no será quebrado hueso suyo. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron". ¿No es algo espantoso y asombroso, que Dios mismo muriera? ¿Qué los hombres traspasaran a su Creador, al mismo Autor de su vida? ¡Qué crimen tan terrible será éste! ¡Qué misterio tan estupendo!

Pero luego el texto enfatiza que “**Mirarán** a mí a quien traspasaron”, y preguntamos, ¿quiénes son los que mirarán al que traspasaron? Parcialmente eso fue cumplido, como oímos, cuando los que físicamente lo clavaron a la cruz, y los que tomaron la lanza para traspasar sus costados lo vieron moribundo en la cruz. Pero eso no es el cumplimiento total. El texto habla de un remordimiento, de un reconocimiento de parte de los que lo traspasaron. No lo reconocieron generalmente ese día. Como nos dice el libro de los Hechos: "Si le hubieran conocido, no habrían matado al Señor de gloria".

Pero el cumplimiento más amplio se encuentra en los que espiritualmente le han traspasado. "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargo en él el pecado de todos nosotros". No solamente los judíos y romanos de los tiempos de Cristo son los que traspasaron a Jesús, que mataron al Señor de gloria, sino cada uno de nosotros, con nuestros pecados. Cuando nosotros pronunciamos palabras iracundas, éstas son los martillazos en las manos de Jesús. Cuando nosotros codiciamos lo ajeno, lo cual es idolatría, nosotros somos los que gritamos “Crucifícale, crucifícale”. Todas las veces que hemos maldecido o pensado mal contra el prójimo, la lanza que quisiéramos que hiriera al prójimo, hiere en realidad a Jesús.

Este Jesús, Cristo crucificado, es proclamado y presentado delante de nosotros por medio de la predicación. Podemos mirarlo ahora, reconociendo que nosotros somos los que, con nuestros pecados, hemos traspasado a Cristo, o podemos voltear por el momento los ojos, y evitar mirar a aquel a quien hemos traspasado. Pero sólo podemos hacer eso temporalmente. En fin todos tendrán que mirar al Señor de gloria a quien hemos traspasado, y con uno de dos resultados.

El texto habla de mirar con profundo pesar y arrepentimiento al Señor. "Derramaré un espíritu de gracia y de oración. Mirarán hacia mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por el hijo unigénito, y se afligirán por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Hadad-rimón en el valle de Meguido (v. 10-11).

Hubo un principio de cumplimiento en el Pentecostés. En ese día Pedro predicó: "Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis, a éste, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole".

Y oímos al final del sermón: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo hay hecho Señor y Cristo".

"Y al oír esto, se compunjieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones, hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo, arrepentíos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo".

Pero no sólo ellos verán y mirarán al Señor a quien han traspasado. "He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, y los que le traspasaron, y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él".

Mientras estamos aquí en esta tierra sigue abierta la gran invitación de Dios para ver con bendición a aquel a quien hemos traspasado. Nos invita por medio del profeta Isaías: "Mirad a mí y sed salvos, todos los fines de la tierra". Mirémoslo ahora, con fe, para recibir el perdón y todas las bendiciones que ganó por nosotros con su muerte en la cruz. Entonces no tendremos que mirarlo con espanto en el último día y hacer lamentación cuando ya no hay remedio. Amén.